

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

OTRO SI

El próximo número de DON QUIJOTE estará dedicado á «cantar».

todo un himno de honor.

los festejos organizados por nuestro gran Aguilera.

Costará como siempre. 15 céntimos.

Y tendrá que leer.

¡Como que contamos con una autorización del señor fiscal para decir todo cuanto se nos antoje!

¡Ah! Le hemos mandado sacar punta al escalpelo que se ha servido prestarnos el Sr. Laserna.

Y nuestro dibujante *Don Hermógenes*, le ha sacado también punta á su lápiz.

Conque ya están ustedes avisados.

ADVERTENCIAS A LOS FORASTEROS

Sitios peligrosos de Madrid.

La Carrera de San Jerónimo, porque en ella vive Ságasta.

La Moncloa porque se corre el riesgo de encontrarse allí con D. Práxedes.

La calle de Jardines.

La de la Ceres.

La de Lista, porque ahora Silvela se dedica al manejo del Maüsser.

El Dos de Mayo, porque por allí suele pasear Villaverde.

La calle de Sevilla, porque, como ahora están sin contrata los conservadores...

El café de Fornos, porque allí improvisa Rancés sus mejores chistes.

Todo el barrio de Chamberí, porque está plagado de conventos.

La calle Alcalá, por miedo al Banco.

La calle Mayor, por miedo á los concejales.

La plaza de los Ministerios, ¡porque se ve por allí cada *congriso!*...

El teatro de Estava, porque desde él dispara sus rípios Jackson Veyan.

La Academia, porque huele á Catalina.

El ministerio de Marina, por si se escapa algún Veragua.

La Diputación, porque huele á podrido.

La calle de Cedaceros, residencia de los jóvenes Luises (¡ay!).

La calle Isabel la Católica, residencia de los jesuitas.

Y, en resumen, todas las calles, plazas, callejuelas y travesías que tiene Madrid.

Forasteros.

Con la venida de los forasteros se ha turbado la paz de las casas de huéspedes y éstos andan desesperados, porque las patronas abusan y no tienen consideración.

Dígale usted á doña Melchora, la del 11 de mi calle, que en su afán de admitir forasteros ha ido estibando á sus pupilos como si fueran arenques de Cuba, y hay un D. Serafin, segundo trombón del Circo, que duerme en la despensa entre un paquete de judías blancas y otro de bacalao de perro.

El no tiene más remedio que conformarse, porque le debe á doña Melchora toda clase de atenciones; y si le hace falta dinero para una cajetilla, ó tiene que echar medias sueltas á unas botas, ó necesita comprar bicarbonato, porque padece de irritaciones á causa del trombón, encuentra siempre en doña Melchora un ángel tutelar que subviene á todas sus necesidades.

—Doña Melchora—le dice él á lo mejor—, ¿podría usted prestarme cinco reales y medio que le debo al primer fagot y siempre me está abroncando delante de la gente?

—Déje usted que me pague el huésped del comedor—contesta doña Melchora—. Estos días ando muy mal de fondos. Ya sabe usted que he tenido que comprar una tinea nueva y dos chambras.

—Bueno; esperaré.

Y D. Serafin sigue soportando las groserías del fagot, hasta que recibe de manos de doña Melchora la suma deseada. Entonces dice ella:

—Vaya, D. Serafin; tome usted y no se meta en

vicios. Sabe Dios para qué habría usted pedido al fagot esos cinco reales y medio.

—Para obsequiar á mi cuñada la de Albacete cuando estuvo aquí á sacarse la muela.

—Buen tunante está usted.

Estas confianzas y aquellos socorros obligan á D. Serafin á pasar por muchas cosas: á él le tocan siempre las peores tajadas; si se pega el chocolate se lo dan á él, y cuando hay que sacrificar algún huésped, él es siempre el elegido entre todos.

—Hoy le quito á usted una manta—le dice doña Melchora.

—¿Por qué?

—Porque ha venido un señor nuevo que padece del hígado y le mandan que sude.

—Corriente—contesta D. Serafin con la resignación de un mártir.

—Puede usted echarse un refajo mío que abriga bastante.

—Bueno; como usted guste.

—Y si siente usted frío, se envuelve usted los pies en esta toquilla, que es de la criada.

Ahora, con motivo de la llegada de los forasteros; doña Melchora ha tenido que decir al infortunado trombón:

—Ya usted á dormir en la despensa por unos días.

—¡Caramba! Lo siento, porque ya sabe usted que si no tengo aire puro, me ahogo.

—Yo le daré á usted un abanico.

Y el pobre D. Serafin se pasa la noche sentado en la cama tratando de disipar con el abanico el aroma del bacalao de perro.

Aquella casa ha sufrido modificaciones esenciales en su parte interna.

En la alcoba de D. Serafin han metido á un procurador de Villaverde, que viene á conocer la corte y á ver si de paso le quita la recaudación de contribuciones á un primo suyo carnal. En otra cama, limitrofe á la del procurador, duermen dos hermanos gemelos, naturales de Candelario, que han aprovechado la baratura de los trenes para ver si despachan una partida de chorizos en estado de putrefacción.

En la sala hay un matrimonio con dos cachorros, procedentes de Mora de Rubielos. El menor de los angelitos está guajando los dientes de arriba y se pasa la noche en un puro grito. Cuando se cansa de gritar coge un boliche de la cama, que es de quita y pon, y lo chupa con delicia. Al otro chico le ha comprado su papá una pandereta y está despertándose á cada paso porque tiene muchas lombrices. En cuanto abre los ojos coge la pandereta y se pone á tocar desesperadamente como si acabara de nacer el Redentor del mundo.

—Doña Melchora!—grita el huésped del gabinete, que es el que más paga y el que tiene peor carácter—. Aquí no se puede estar. Esto no es casa: esto es un manicomio.

—Dispense usted, señor de Rubiales dice doña Melchora presentándose en paños menores. Esto es por pocos días.

—Dígale usted á ese chico que, ó deja la pandereta ó lo mato!

Al estudiante que tiene su habitación en el pasillo le han obligado á que duerma con el administrador de rentas de Villabrutanda, y ni éste ni el estudiante pueden pegar los ojos en toda la noche, porque el chico no suelta el instrumento sonoro, y además D. Serafin, que se ahoga en la despensa, lanza ayes doloridos á cada momento.

La única que duerme á pierna suelta es doña Melchora, mientras el pobre D. Serafin lucha con las emanaciones del bacalao, y exclama tristemente:

—¡Dios mío! ¡Para qué vendrán á Madrid los forasteros!

LUIS TABOADA

PREPARATIVOS

Con motivo de las próximas fiestas, la gente anda preocupada en buscar el mejor modo de asociarse á dichas solemnidades.

En la cabeza de cada ciudadano, más ó menos Simón, bullen ideas más luminosas que un arco voltaico, ó volteriano, como dice cierto señor, y casi todo el mundo tiene trazado su programita especial de festejos y alegrías.

—Yo creo que un concurso de globos cautivos no estaría mal.

—Hombre, no puede ser, puesto que va á haber indulto general.

—¿Y qué?

—Que por lo tanto, dejarán de ser cautivos.

Otros proponen iluminaciones más ó menos fantásticas, cosa que agrada á muchos que quisieran verse *iluminados*, y no faltan partidarios de las sencillas banderitas y de las elegantes cadenas de papel.

Ahora hay muchos socios, fundadores ó pasivos, que van todos los días al Retiro á vigilar el estado de las obras que allí se realizan. Hay quien conoce aquello palmo á palmo y árbol por árbol.

Todo son profecías y pronósticos.

—Yo creo que el sitio no está bien elegido.

Porque somos muchos los que vivimos cerca del puente de Toledo y que queremos participar de la feria. ¿No le parece á usted que mejor hubiera sido instalarla en el mercado de la Cebada?

—No hay sitio.

—¿Que no? Hay allí un sitio *hache*. El sótano.

—Es verdad que yo he oído hablar del Sótano H.

—Pues es ese. Aunque hubieran retirado los sacos de patatas y *aluecado* las lechugas, al pelo. Allí no hay temor á la lluvia.

—Claro; y hasta podría hacerse la compra de paso.

El adorno de las calles, casas y fachadas, trae también con cierta preocupación al coro general de vecinos.

—¿Qué te parece que saquemos al balcón?

—Algún dinero.

—¡Mujer!

—Lo digo porque tú lo único que piensas en sacar siempre es eso.

—Digo para adornarlo.

—¿Te parece el retrato de mamá?

—Justo, y de una pedrada nos lo estropean.

—Pues unas colgaduras con un letrero dando un viva á Aguilera y otro á ti.

—Lo de Aguilera me parece bien, pero lo mío no es posible.

—¿Por qué? ¿No quieres tu vivir?

—Sí, pero como me llamo Pérez, va á resultar un «¡Vivas Pérez!» y se van á creer que es el anuncio del salicilato.

Total: que estos días son de grandes trabajos. De grandes trabajos para todos aquellos que no tienen nada que hacer.

ESBOZO

Va siempre solo por esas calles meditabundo, cabeza baja; las manos dentro de los bolsillos y el hongo echado sobre la cara. Silba algún aire muy conocido, y algunas veces, si se entusiasma, echa discursos y gesticula, siendo el asombro de los que pasan. Desde la tienda puesta con lujo, donde la moda luce sus galas, á la comida de escaparate, que sólo el verla da repugnancia, forman la base de sus quehaceres, son el objeto de sus miradas. El sello innoble del idiotismo siempre constante lleva en la cara, y en todas partes se halla presente, mudo testigo de lo que pasa. ¿Quién es este hombre? ¿Cuál es su rumbo? ¿En dónde vive? ¿Cómo se llama? Nadie ha logrado dar con la clave. Yo, lo confieso; cuando en mi marcha halló á este tipo por mi camino, hurto mi cuerpo de sus miradas, cambio de acera, busco salida, y, por si acaso, me pongo en guardia.

MADRILEÑAS

DE SIETE A OCHO

Son las siete de la tarde; es la hora alegre de Madrid. En las calles, invadidas por la multitud, se hace difícil el tránsito. ¡Oh, cómo están esa Puerta del Sol y esa calle de Alcalá y esa Carrera de San Jerónimo! Parece que toda la vida de la población ha afluído á ellas. ¡Cuánta gente!

¡Cuánta animación! ¡Ni en los grandes *boulevares* de París!

Son las siete de la tarde; es la hora en que termina el trabajo y comienza el descanso; es la hora alegre de Madrid.

¡Qué placer sentirse libre después de un día de esclavitud! Ya no hay que acordarse hasta mañana del obrador, del taller, del almacén, de la oficina...

De siete á ocho, ni un minuto más ni un minuto menos, le ha sido prohibida la entrada en Madrid á nuestra madre la Tristeza. ¡Una hora de alegría bien vale todo un día de lucha!

Las obreras madrileñas, las modistillas, las señoritas de mostrador y de escritorio! ¡Nada tan bonito como ellas! Hay que verlas y hay que admirarlas. Al salir del almacén ó del taller con la graciosa mantilla á la cabeza, la faldita de merino graciosamente recogida, los zapatitos de charol, cualquiera las tomaría por duquesas.

No; pero desgraciadamente ninguna de ellas pertenece á la aristocracia; ninguna de ellas posee títulos nobiliarios.

La más elegante, la más distinguida, aquella que llame más vuestra atención, es hija de un carnicero, ó cuando más, de un empleado cesante desde los tiempos de la República.

En cambio todas pertenecen á la aristocracia de la Belleza. La menos bonita es rubia, y además de rubia, graciosa, y además de graciosa, coqueta.

Pero, en general, son encantadoras.

Pueden ustedes escoger; las hay para todos los gustos: blancas, morenas, pálidas, de ojos negros; ¡oh, muy negros!—de ojos azules, gruesecitas, delgadas...—¿Qué variedad hay en tu viña, Señor! Y luego, ¡qué elegancia en los movimientos, qué gracia en el andar, qué coquetería en el reir, qué malicia en el mirar!

Ellas son, de siete á ocho de la tarde, la nota alegre de Madrid; ellas hermocean la capital con su presencia y la animan con sus voces y sus carcajadas.

No, no penseis mal de esas muchachas, porque son pobres, y porque son jóvenes y porque son bonitas. ¡Si supieran ustedes que, por «ayudar á la casa», no tienen otra ropa sino la que llevan puesta, y que la más rica de ellas no guarda, de ordinario, en el portamonedas más que los diez céntimos indispensables para el tranvía!

¡Oh, eso sí; todas tienen novio, ese primer novio de que hablaba Daudet: el amor!

Algunas, muy pocas, se «pierden».—¡Madrid está tan lleno de tentaciones!—Pero las más permanecen fuertes ante la seducción del lujo y de los placeres. De entre ellas podrá salir alguna Nana; pero, en cambio, salen tantas Mimi como las de Murger!

Porque las obreras madrileñas son esencialmente románticas. Amamantadas literariamente por Pérez Escrich, creen en el triunfo constante de la virtud sobre el vicio y en todas las idealidades contadas por los novelistas baratos.

Estas pobres niñas podrán ser santas mujeres del hogar, si el hombre á quien aman no las engaña. Ellas se entregan á él confiadas, porque creen en la inmortalidad del amor, según las han enseñado en las novelas. ¡Y los personajes de la vida real se parecen tan poco á los personajes de Pérez Escrich!

Considerad que esas *cabecitas rubias*, ligeras como las de los pájaros, dirigen una gran parte del comercio de Madrid.

Esas manitas enguantadas tienen los dedos ó llenos de tinta ó picados por la aguja.—Ya lo dijo Víctor Hugo: «La mujer que quiera ser honrada no debe tener piedad de sus manos».

Desde las nueve de la mañana á las siete de la tarde, esas pobres muchachas trabajan sin descanso para que prospere el comercio de la villa y corte, y el ministro de Hacienda pueda cobrar fácilmente sus contribuciones.

Ya sonó la hora del reposo. Dejadas que rían y alboroten y que alegren las calles con su presencia.

Y miradas, miradas. ¡Verdad que viéndolas se siente la necesidad de amar y la vida no nos parece tan mala y la felicidad no nos parece tan imposible?

MIGUEL SAWA

DON QUIJOTE

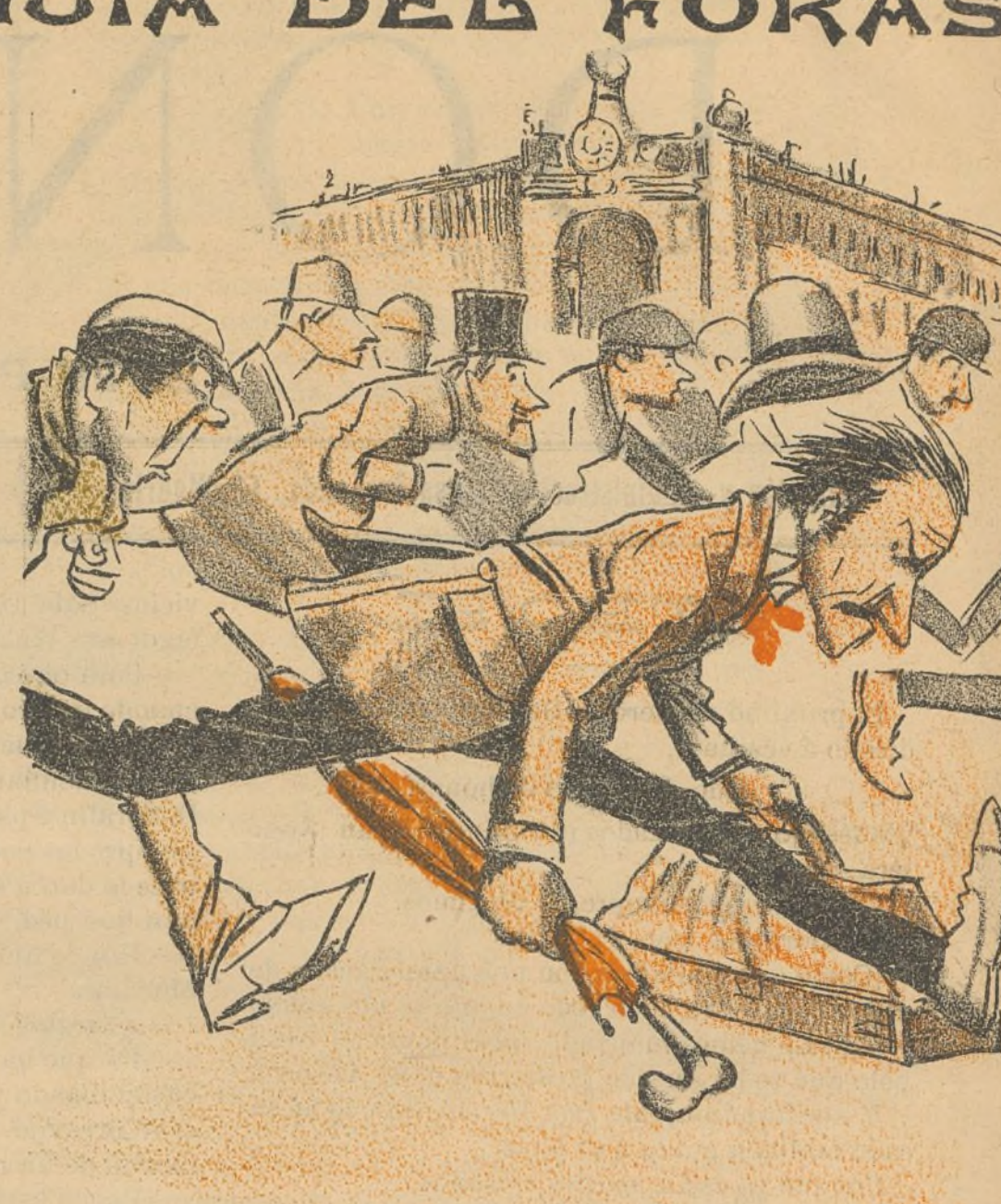
GUÍA DEL FORAESTERO EN MADRID



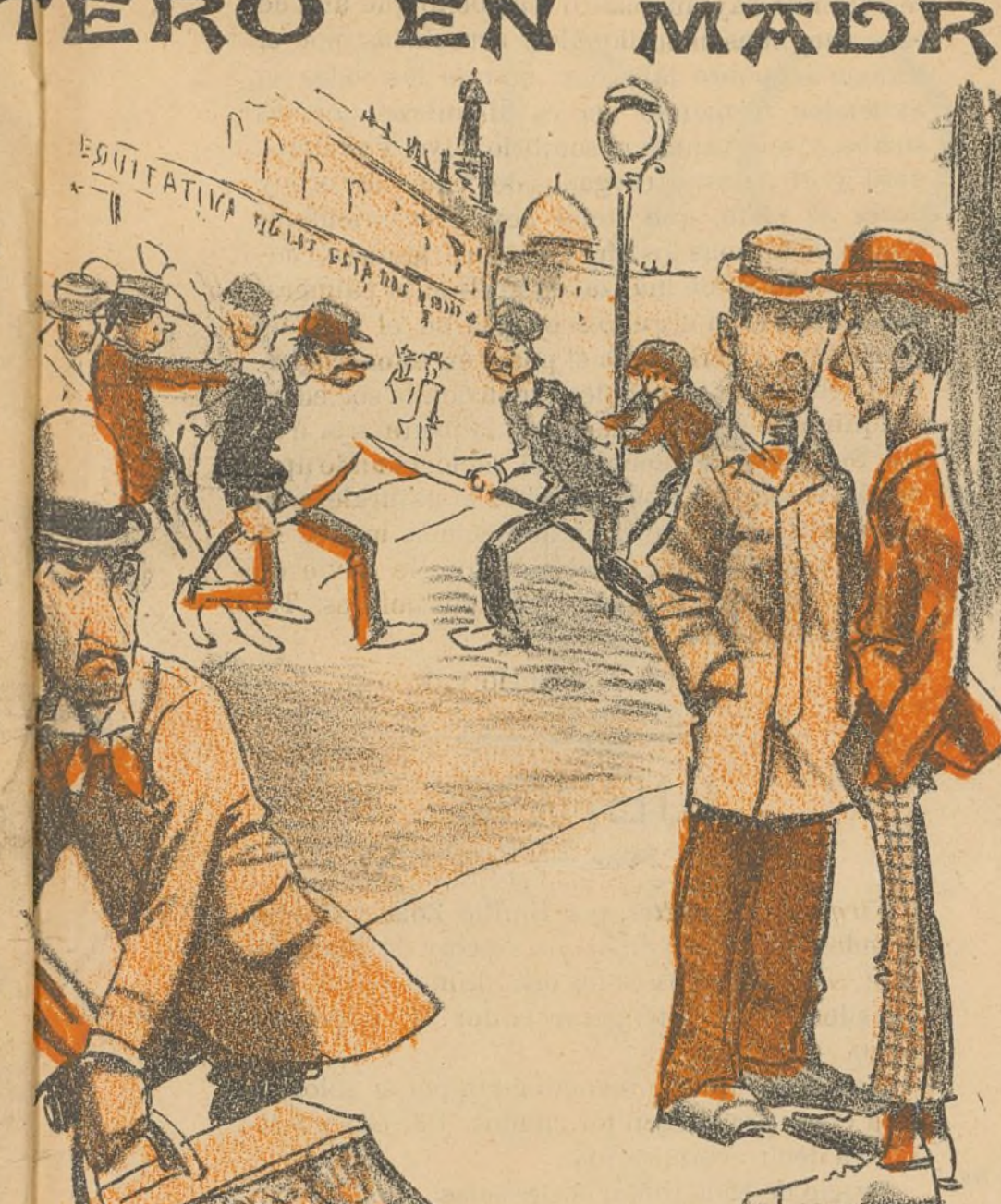
Al llegar á Madrid y poner la planta en el suelo hay que echarse las manos al bolsillo, porque los señores ratas están siempre á la que salta y al menor descuido.....



Presento á ustedes la calle de Alcalá.



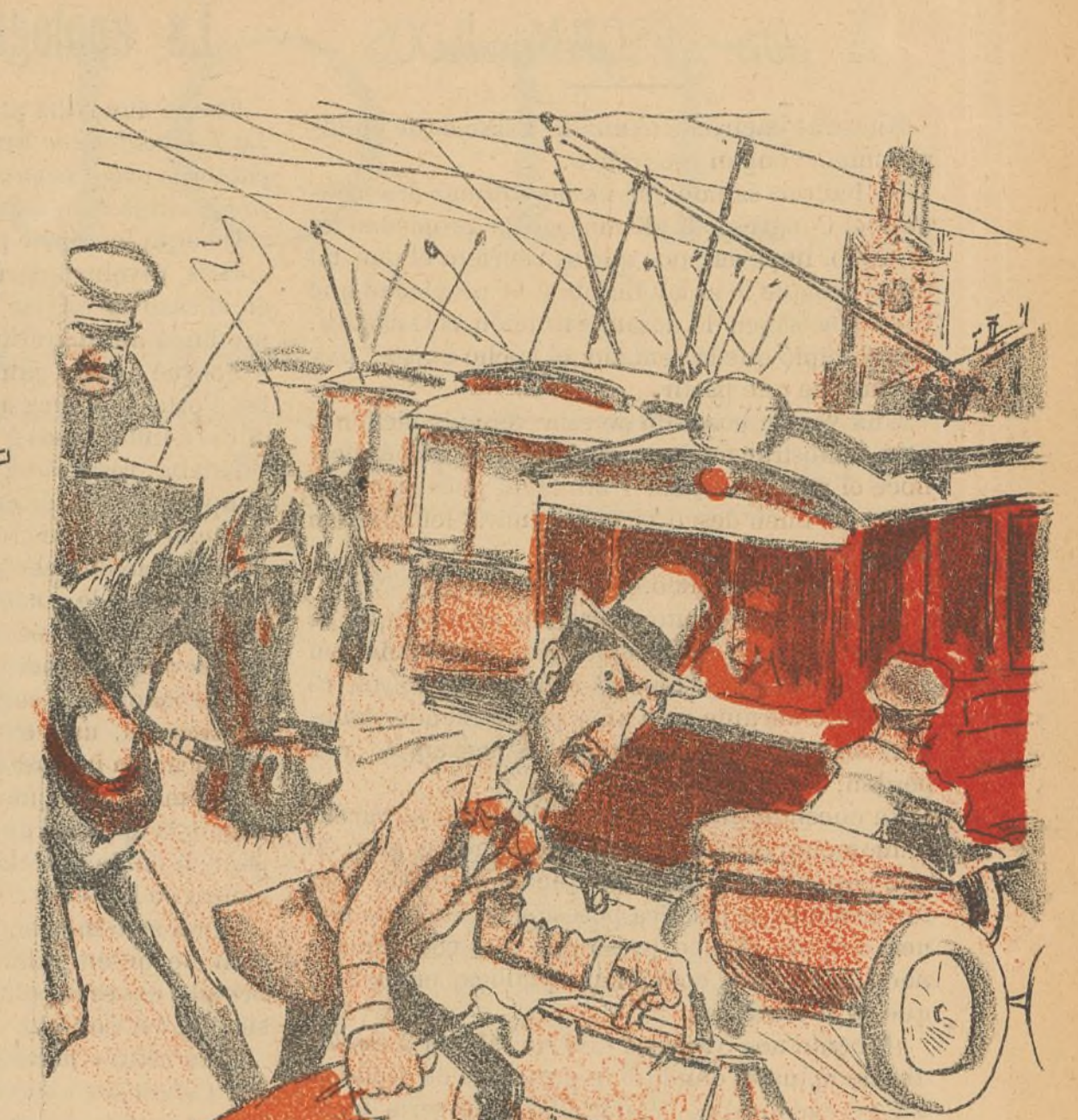
Apresuren ustedes el paso que vamos á pasar por delante del Banco.



La calle de Sevilla.



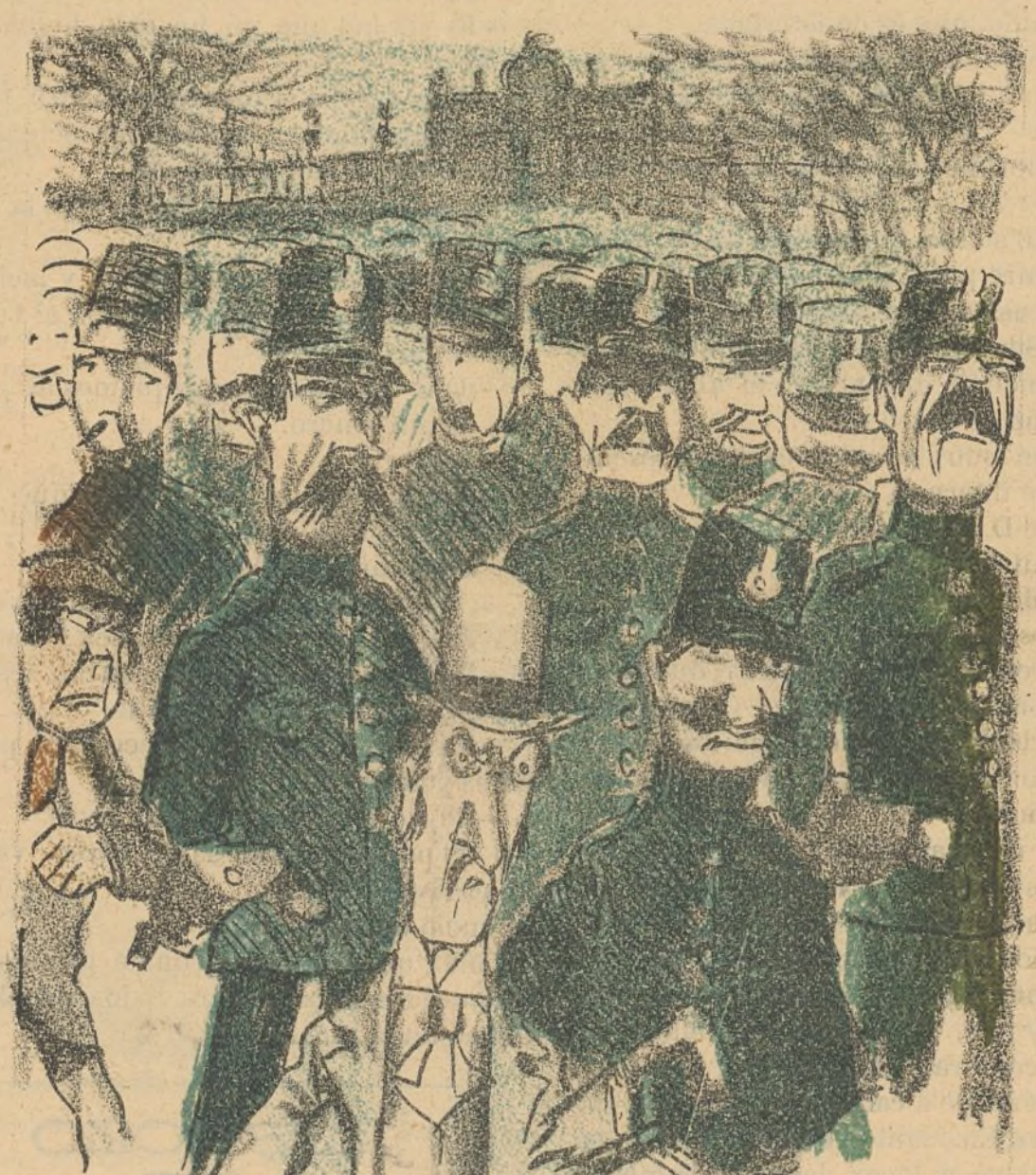
La Carrera de San Jerónimo, lugar de cita de jóvenes modernistas, hombres públicos y mujeres públicas.



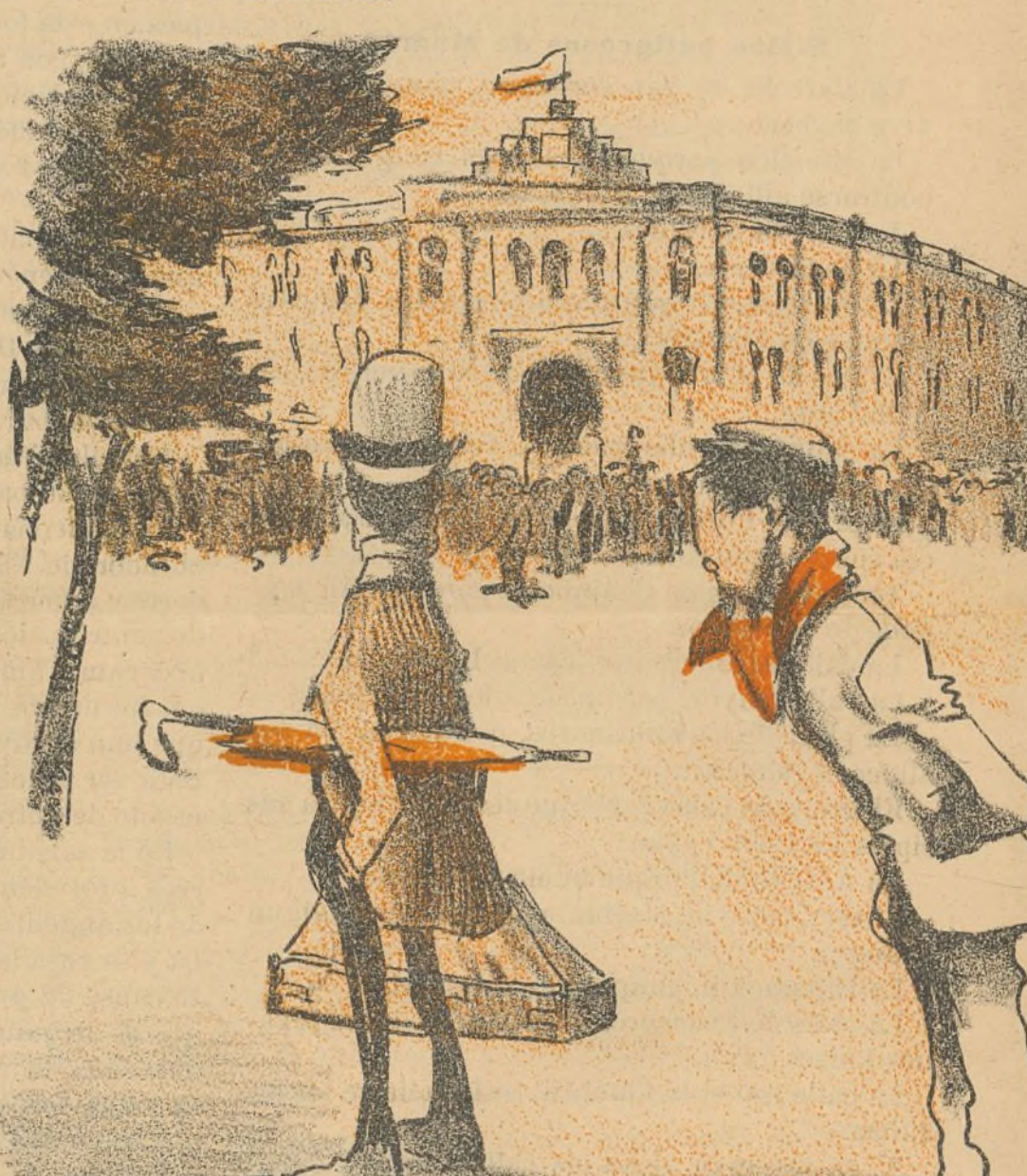
Estamos en la Puerta del Sol.



Fíjense ustedes. ¡Ese es Aguilera!



Detrás de esos guardias está el Palacio Real.



La Universidad Central. ¡Ani está nuestro porvenir!



Sagasta camino de la Moncloa.



Aquí suelen venir Silvela y Villaverde.



Los teatros de Madrid.



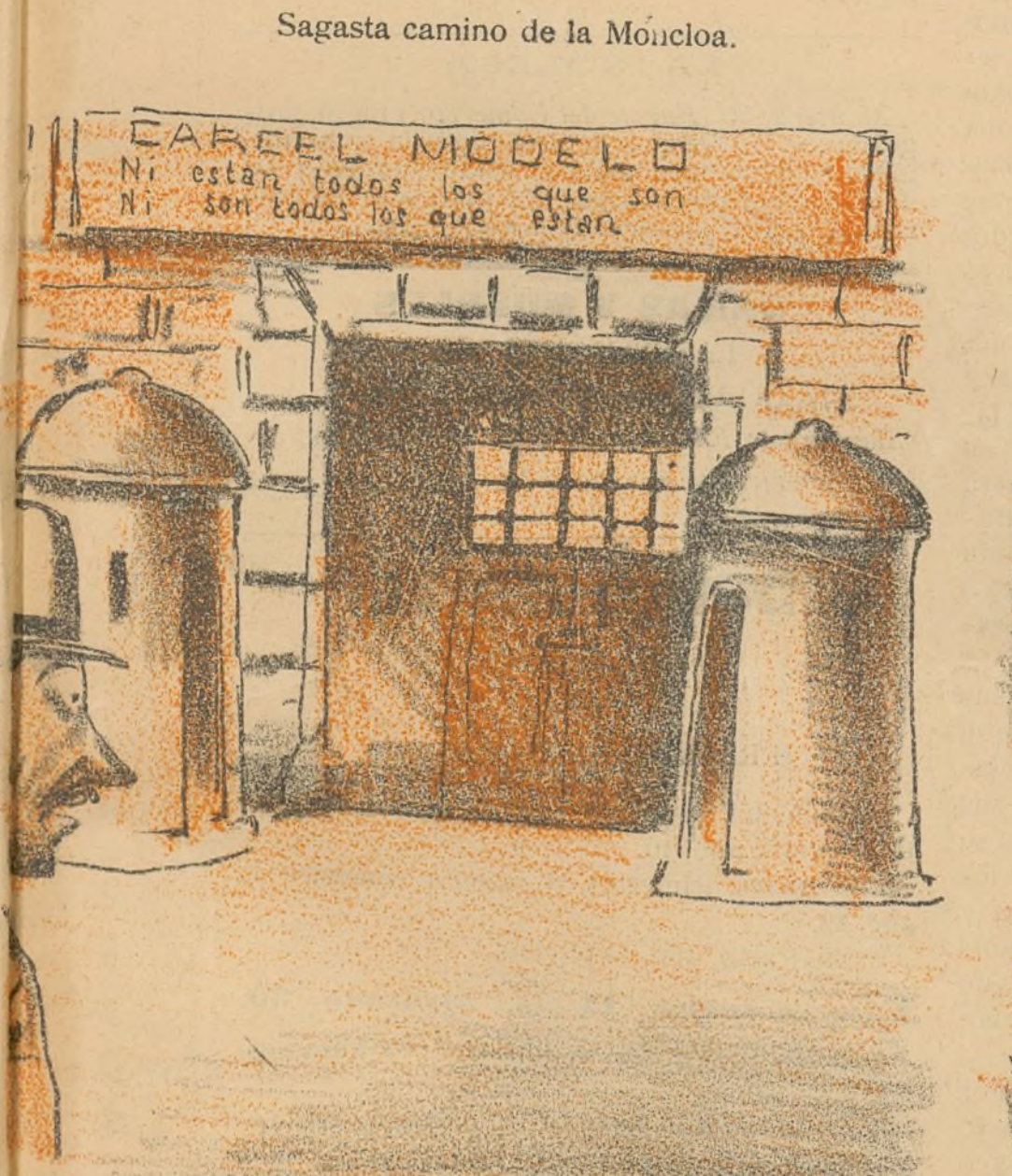
El Congreso de los Diputados.



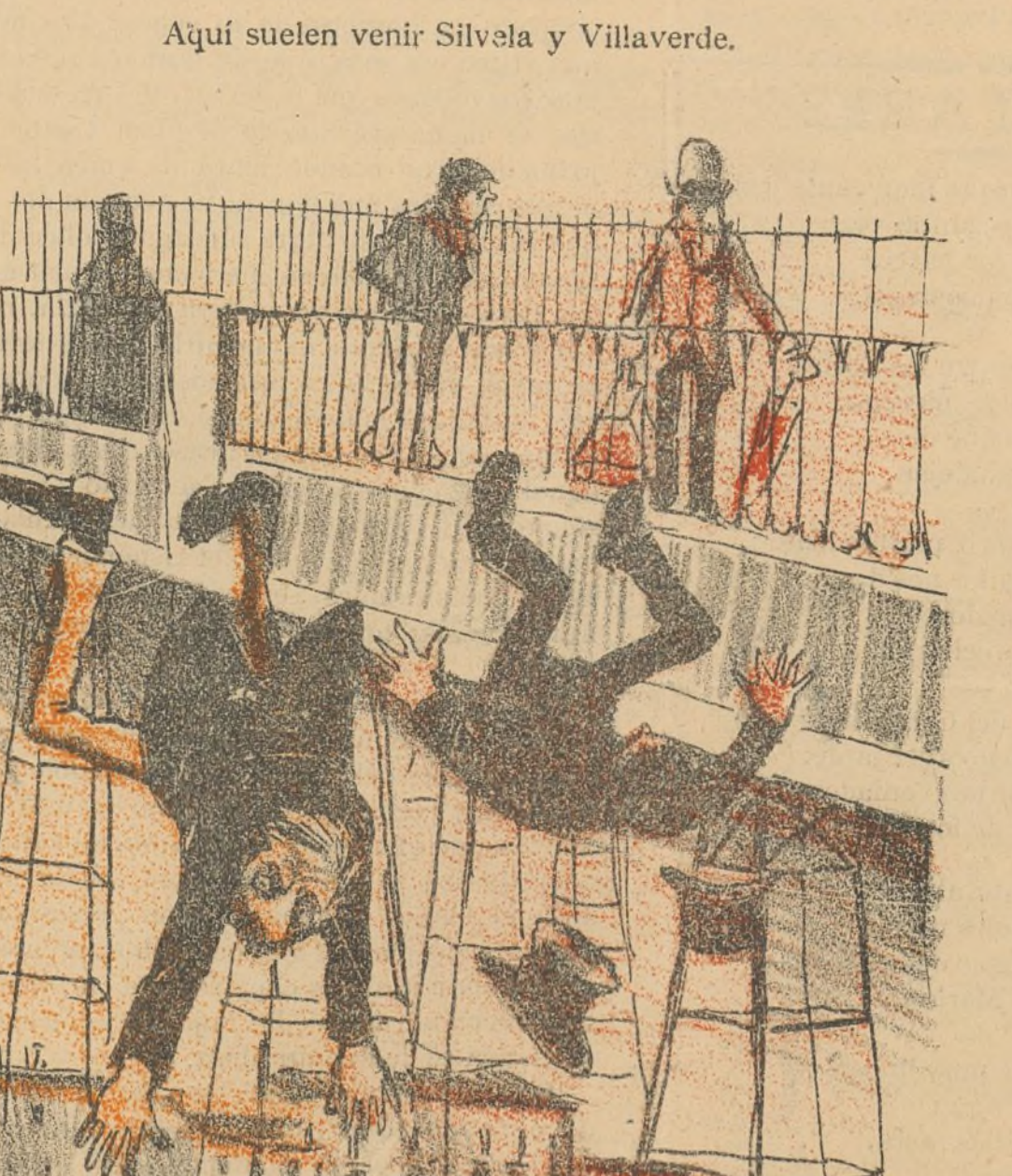
La Alta Cámara ú sease el Senado.



Garibaldi.



La Carcel Modelo.



El Viaducto, abierto á todas horas para el público.



Lo mejor de Madrid.

À LOS DESCAMISADOS

Nuestras doctrinas triunfan. Estamos de enhorabuena. Vengan esos cinco.

Ya habréis sabido que en las últimas discusiones del Congreso se afirmó que la propiedad es un robo. Importa poco que se refiriera el que tal dijo y los que le aplaudieron, á la propiedad que tuvo por origen la desamortización eclesiástica. El principio queda sentado; el hecho existe; hay ya base de que partir.

Una vez en posesión de esta verdad, fácil nos será demostrar mañana que toda propiedad reconoce el mismo origen. Y tan fácil, pues la voluntad y el buen deseo sirven admirablemente en tales casos.

Pereno es esto todo.

De hoy en adelante podremos afirmar que la mayor parte de los propietarios de España son unos ladrones; y como el robar á un ladrón es meritorio durante cien años por lo menos, tenemos asegurado de antemano el porvenir... y el perdón.

La cuestión está en hacerlo bien, en aguardar el momento oportuno para dar el golpe, á fin de que pase algún tiempo sin que nadie pueda perturbarnos en la pacífica posesión de nuestros bienes; después el robo prescribe, y queda sancionado, si no en la conciencia pública, en la ley, que es lo principal.

¡Y cómo nos vamos á divertir al ver á los ladrones actuales dándose importancia de robados! En verdad os digo, camaradas, que sería triste morir sin verlo.

En vista del paso gigantesco que acabamos de dar, os aconsejo que renunciéis para lo sucesivo al vocabulario de nuestro repertorio: deberes, derechos, reformas sociales etc., etc., ni que trabajéis por instruirlos y emanciparos.

Con lo que sabemos, tenemos bastante para resolver el problema. Persuadidos de que los propietarios son unos ladrones, y que esos palacios en que viven, y esas posesiones que disfrutan, y ese lujo y esos trenes son producto del robo, sólo nos queda que pensar en lo que ya os he dicho: en aguardar el momento oportuno para dar el golpe.

Y cuando se nos vengan con quejas y con lloriqueos, hablándonos de su derecho y de que su propiedad es sagrada, les contestaremos sencillamente:

«Que era sagrada ya lo sabíamos, por su procedencia eclesiástica; pero en cuanto á vuestro derecho, ¡bah! dejaos de lailails, ó llamaremos á una pareja de la guardia civil para que os eche el guante como á ladrones contumaces. Si el robo fué la base de vuestra fortuna, como el engaño, robo de inferior categoría, pero robo al fin, había puesto antes esa misma fortuna en manos de los frailes; ¡á quién os quejáis ahora unos y otros? ¡Por qué habláis de derecho y de justicia? ¡Comprendéis bien ahora, desharrapados camaradas, por qué os decía que estamos de enhorabuena y que el porvenir es nuestro?»

JOSÉ NAKENS

PROTESTA

En Barcelona, unos cuantos sujetos, han silbado la santa enseña de la patria.

¡Comentarios á esta noticia?

Ninguno.

Escupimos.

Un salvazo puede ser también una opinión.

Para Lerroux.

He leído el fallo del tribunal de honor, descalificándote.

Y me apresuro á reiterarte la expresión de mi amistad.

¡Joven descalificado, vengan esos cinco!

Con mucho afecto y á mucha honra.

Muy tuyo siempre,

MIGUEL SAWA

LAS TRES RATAS

Tuvo un príncipe reinante un raro ensueño: en él viera tres ratas, una muy gorda, otra flaca y otra ciega.

Deseando el soberano resolver aquel problema, consúltale á una gitana y la gitana contesta:

— Señor, la rata más gorda al Gobierno representa, la flaca al misero pueblo y á vos, príncipe, ¡la ciega!

MARCOS ZAPATA

La apología del Maüser.

Emilio Junoy ha protestado energicamente en *La Publicidad*, de Barcelona, de las imprudentes palabras pronunciadas por Silvela en el Congreso haciendo la apología del Maüser.

He aquí lo escrito por el diputado republicano: «Los revolucionarios de todos matices están en el caso de enviar al Sr. Silvela la expresión profunda de su gratitud.

Porque jamás, jamás, se han pronunciado en las Cortes palabras más imprudentes, provocadoras é inhumanas.

Estaba reservado al Sr. Silvela convertir el templo de las leyes en cuartel, en campo de tiro, en lugar donde se proclame la fuerza como origen de todo derecho y la violencia como medio é instrumento de gobierno.

El discurso de ese pseudoestadista, que se llama conservador cuando no es otra cosa que el gran perturbador de la sociedad española, es una arenga facciosa, una excitación á la matanza, una provocación insensata al pueblo, que en el preciso momento en que hablaba el Sr. Silvela, haciendo la apología del Maüser, ofrecía en toda España el noble espectáculo de ejercer sus derechos dentro de las leyes.

Ni un solo incidente, ni la más pequeña alteración de orden público, justificaba el lenguaje brutal—esa es la palabra que merece—del ex presidente del Consejo.

Bien estuvo la respuesta elocuentísima del señor Canalejas; oportuno fue recordar al Sr. Silvela que cuando conviene á la monarquía rodearse del amor del pueblo, es insensato amenazar á éste con verter su sangre generosa.

Nosotros, si fuéramos monárquicos, expulsaríamos al Sr. Silvela por peligroso para los intereses y el porvenir de las instituciones.

Hariamos más. Al día siguiente de esa arenga furibunda é inícuca, habríamos propuesto una reforma del Código penal, castigando con severidad tremenda las excitaciones al atropello de los ciudadanos y al empleo de la fuerza no regulado por las leyes. Serían circunstancias agravantes para la condena de ese delito, el cometerlo en el seno de las Cortes, el haber sido ministro y el llamarse conservador.

Pero como no somos monárquicos, no podemos garantizar á la corona contra el exceso de celo de sus amigos peligrosos y las imprudencias temerarias de sus aduladores.

Cuando se levante la suspensión de las garantías constitucionales, propondremos á nuestros correligionarios, al pueblo en general, la fundación de una Sociedad de Tiro Popular, en la que los repatriados nos enseñarán el manejo del Maüser y los viejos revolucionarios el de todas las armas antiguas que con tanta gloria manejaron en defensa de las libertades públicas.

Ya que el fusil, según el Sr. Silvela, es un excelente instrumento de gobierno, la gran garantía del derecho, la fórmula regeneradora por excelencia, es justo que nos preocupemos de transmitir al pueblo lo que en el Congreso ha explicado el Sr. Silvela.

De esta suerte queda reducida á una mera cuestión de oportunidad: la de poner los debidos comentarios al discurso del Sr. Silvela.

Entonces haremos las necesarias aplicaciones de su patriótica y cristiana apología del Maüser, y trazaremos las líneas generales de este proyecto de Sociedad de Tiro Popular.»

CANTARES

No canto porque bien cante ni porque me oigan la voz; canto, porque me parece que muchos lo hacen peor.

Me alegro de que las Cortes se hayan abierto, morena, sólo por ver lo que dice el bueno de Canalejas.

Tardes de Abril perfumadas en que el sol calor nos da... los señores senadores ¡qué de sueños echarán!

A la puerta del Congreso cantaba un ciego ayer tarde: «¡No hay amor tan verdadero como el amor de los padres!»

Marinero sube al palo y dile á la madre mía que está haciendo de las suyas el ministro de Marina.

En un coche muy lujoso ha pasado por aquí; llevaba las borlas fuera, ¡por eso le conocí!

A la reja de la cárcel no me vengas á llorar...

en vez de darme un mal rato mándame una credencial.

Cuando yo esté en la agonía siéntate á mi cabecera, pero no me hables de Práxedes, porque te mando á la... etcétera.

Segismundo es como el toro, que donde le llaman va; Montilla como la piedra, donde le ponen, se está.

Cuando paso por tu puerta como pan y voy comiendo, ¡pa que no crea tu madre que me mantiene el Gobierno.

No me exija usted, amigo, que le diga lo que piense... que ya sabe usted que á mí me cargan las intervenciones.

Hijos los que tenéis padres, padres los que tenéis hijos, ¡que me decís del marqués de la Vega del Armijo?

EL LABRADOR

El labrador es el rey de la naturaleza, pero es el esclavo de la sociedad. Los cielos ofrecen rocío á su obra, el sol la fecunda, el aire la conserva, la tierra la alimenta, las estrellas velan sus noches; todos los hechos de la creación son cantares que, ó celebran su nacimiento, ó lloran su muerte.

¡Qué hermoso es cuando el cielo se esmalta con ese azul riente de la primavera, y la tierra comienza á dar el jugo de su savia á los árboles, ver desde la humilde cabaña, ni envidiado ni envidioso; las primeras blancas y rojas flores que da el almendro, las primeras mariposas que rompen su capullo y se bañan en suaves aromas, siendo el pétalo viviente de las flores; la primer golondrina que, cansada de su larga travesía, se posa en la cúspide del campanario; y de esta suerte es el alma como relámpago de la luz creada, como eterno eco de las armonías de la creación, y vive con la vida universal, que desciende á raudales de los cielos. El labrador ofrece á la sociedad los tributos de la naturaleza. Suya es la vela que el marinero extiende para apresar los vientos; suya la seda en que se envuelve el magnate; suyo el blanco lino que viste el niño en su cuna; suyos son todos los velos con que se resguarda el cuerpo de las inclemencias de los elementos.

Y cuando la estación de las lluvias viene, arroja el trigo en la tierra, depositando en él todas sus esperanzas, que reverdecen al verlo brotar, hasta que el sol del estío lo dora, y entonces, cuidadoso, lo recoge con deleitosísimo afán, y alimenta á infinitos seres, pues sus manos, siempre avaras de los tesoros de la vida, las reparten entre los hombres.

Y sin embargo, ¡pobre obrero que así contribuyes á realizar sus fines, que recoges en tus manos su rocío, que llevas las fuentes de la vida á los labios de todos los hombres! ¡Cómo no se han ocupado los hombres de tu suerte? Los mismos que visten esa seda, que sin ti nunca se viera tejida; los mismos que te deben esos ricos alimentos, te menosprecian, te olvidan. Cuando una joven del gran mundo marchita entre los rizos de sus cabellos una flor, no se acuerda del pobre que la arrancó á la tierra consagrándola cuidados inmensos, poniendo en ella todos sus pensamientos, para que el sol no pudiera abrasarla, ni desvanecerla el viento, ni ahogarla en sus torrentes la lluvia, ni roerla los insectos; y cuando seca y casi deshojada la arroja de sí, ignora que las lágrimas del pobre labrador acaso se mezclarían en aquel cáliz con las lágrimas del rocío. ¡Y si fuera sólo esto! El labrador no se cura del mundo; trabaja porque trabaja, como el risueño canta sin saber si sus cantares se perderán en los aires ó irán á regalar con sus acéntos enamorados corazonas.

El labrador, al borde de su era, rodeado de sus mieses, bajo un árbol que plantó su padre, y que deja caer sobre él sus ramas ofreciéndole regalados frutos; recostado en el lomo de uno de sus bueyes, que uncidos le miran sumisos como si se apercibiesen al trabajo; viendo cruzar por los aires la blanca paloma, á quien ¡resta asilo, y sestar á sus plantas los corderillos que apacienta; entonando al par cantares melancólicos, que se parecen al ruido de las hojas secas en el otoño, es un artista de la naturaleza.

¡Qué pintor trazó jamás una flor como la flor del almendro, que parece copo de nieve dorado por los rayos del sol poniente? ¡Qué poeta sacó jamás á su arpa sonas tan melódicas como esos cantos populares que al caer la tarde levantan al cielo perfumado en el amor los polvos labrado-

res? ¡Dónde hay un cuadro más bello que una de esas campiñas meridionales, arregladas por el trabajo del pobre labrador, en que las vides se extienden formando verdes alfombras por los suelos, y se levantan el sombrío olivo, y el limonero y el naranjo cargados de frutos de oro y flores de plata, que como peveteros orientales llenan de aromas los aires, y sobre tantos árboles de vario verde matizados se eleva la palmera, destacándose su orgullosa corona en el azul del firmamento? Pero como el poeta en estos tristísimos tiempos, el trabajador lucha con la sociedad. La quinta le arranca sus hijos, la usura sus frutos. Su trabajo se pierde en el vacío; cuando apenas ha recogido las primicias de la naturaleza, el fisco extiende sobre él su despiadada mano. Ni siquiera conoce una asociación que le alivie en su trabajo y que le sustente en sus dolores. Tal es su triste suerte.

EMILIO CASTELAR

LIBROS

Virgenes y cocottes, por Emilio Zola y Catulo Mendes, y *El vicio amoroso*, de Guy de Maupassant, son los títulos de los dos últimos libros publicados por el inteligente editor Sr. López del Arco.

Hay libros que se recomiendan por sí solos. A ésta clase pertenecen los citados. Por eso me limito á decir: ¡comprarlos!

Precio de cada tomo, dos pesetas.

¡Y los *Ideales*, de Grilo, se venden á veinticinco!

Catecismo de moral, por Cazalla. El editor valenciano Sr. Sempere, dando una prueba de su interés por la enseñanza que exigen los tiempos modernos, ha adquirido la propiedad del *Catecismo de moral*, del escritor Cazalla, habiendo reproducido el libro en una magnífica edición.

La obra en que se trata es de las que han conseguido verdadera aceptación, pues en poco tiempo se han vendido más de 20.000 ejemplares, con lo cual queda hecho su mejor elogio.

Además, se ha declarado libro de texto en la mayoría de las escuelas laicas, por su sana doctrina y por los sentimientos elevados que despierta en los niños.

Se vende al precio de 35 céntimos, y los pedidos deben dirigirse al editor.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

Ya tuvieron á bien consignarlo en la Constitución del año 12 aquellos ilustres legisladores: «Todo español honrado debe asegurarse la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13.*»

«¡Alegramos nos manda el gran preboste.» Pues bebamos una copita de *Anís del Mono*, y ¡alegría por todo el cuerpo!

¿Vais á alojar á algún príncipe en vuestra casa? Pues visitad antes el gran almacén de muebles de A. Vallejo, *Ateada, 17.*

¿Queréis celebrar dignamente las fiestas de la coronación? Pues haced un pedido de vinos y licores á la *Bodega del Jalón, Caballero de Gracia, 56.*

LA INGLESA

Montera, 35 (Pasaje del Comercio.) En el programa de los festejos debiera figurar como número obligado una visita al establecimiento *La Inglesa*. ¡Porque, señores, la diversión no está reñida con los preservativos higiénicos!

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

¡PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.